

# Jefas de familia sin pareja: estigma social y autopercepción

*Ana Josefina Cuevas Hernández*

## **Introducción**

EL PRESENTE ARTÍCULO discute la compleja realidad y posición que ocupan los hogares de jefatura femenina en la sociedad y el imaginario social. La discusión se enfoca entender cómo se autoperciben como jefas de hogar mujeres viudas, separadas, divorciadas y madres solteras de ciudades medias del occidente de México pertenecientes a distintas clases sociales. El propósito es entender cómo el peso del estereotipo de la familia ideal moldea su propia definición de familia así como la valoración de la ruptura del lazo conyugal tras la ruptura del lazo conyugal. La discusión se divide en dos secciones. La primera discute los criterios metodológicos y analíticos que guiaron la selección de las entrevistadas y hace una revisión de la definición y el manejo del concepto de familia en las principales instituciones mexicanas. La segunda analiza los datos empíricos generados por la investigación, en particular aquellos en torno a las estructuras y dinámicas familiares de los hogares de jefatura femenina. De ese universo se discute el imaginario de las familias de las entrevistadas a través de tres ejes: las contradicciones discursivas en torno a su imaginario de la familia ideal y la valoración de su propia estructura familiar; el proceso de estigmatización y acoso sexual que sufrieron a partir de la ruptura del lazo; y las diferencias y coincidencias en la autovaloración de *mujeres solas* de las cuatro categorías estudiadas, así como su valoración de la ruptura del lazo conyugal.

## **Consideraciones metodológicas y analíticas**

La demografía histórica, la sociología, la historia y la antropología han sido las disciplinas más interesadas en el estudio de las familias y los hogares.

Éstas han abordado ambos objetos de estudio por su relevancia para la vida socioeconómica además de su complejidad, ya que en ella se observan tanto el impacto de factores económicos, históricos, culturales, legales y sociales como la reproducción de ideologías y las estrategias implementadas por los individuos para enfrentar dichos fenómenos. Los hallazgos hechos por Acosta (2008); Ariza y De Oliveira (2008); Arriagada (2001; 2005; 2007; 2008a; 2008b), Aranda y Arriagada (2004); y Sunkel (2008a; 2008b), muestran que el tratamiento y la definición de ambas instituciones varía en función de quién la aborde, las políticas públicas que traten, los programas sociales que se creen para ayudarlas y los marcos legales que las regulen.

Las variaciones en la definición y el tratamiento de la familia en particular muestran aproximaciones desiguales e irregulares. La mayor parte de éstas tienden a definirla como una estructura única poco cambiante, conformada por dos padres y sus hijos biológicos. Al hacerlo subestiman y minimizan la relevancia de otras formas de organización familiar que crecen a la par de ese modelo predominante pero no único. De entre las diversas formas de organización familiar me interesa estudiar las dirigidas por mujeres. Las estadísticas y los estudios hechos al respecto muestran que no son familias transitorias, que no son necesariamente las más pobres y que estadísticamente representaron casi una cuarta parte del total de hogares en México en 2005 (INEGI, 2005). Por hogar con jefatura femenina (HJF de aquí en adelante), me refiero al hogar mantenido y dirigido por mujeres.

El objetivo de la investigación de la cual presento aquí algunos resultados,<sup>1</sup> es entender la autopercepción de las jefas de familia en su papel de cabezas de hogar, los estigmas a que están expuestas por no tener un varón al lado y su opinión sobre la ruptura del lazo conyugal. Para lograrlo se realizaron entrevistas a profundidad semiestructuradas con la metodología de la historia oral con cuatro categorías de mujeres que son viudas, separadas, divorciadas y madres solteras de clases sociales baja, media y media alta. Todas ellas fueron mujeres sin pareja, responsables de la manutención de la familia y la casa, empleadas ya fuera dentro o fuera del hogar y responsables del cuidado, atención y socialización de sus hijos.

Un criterio importante para la selección de las entrevistadas fue el haber tenido pareja y haber procreado hijos con ella, así como que al momento de la entrevista la relación hubiera terminado. Esto me permitió analizar el cam-

<sup>1</sup> La investigación de la cual se deriva este artículo se titula "La construcción de la identidad femenina: un estudio comparativo", realizada de abril de 2008 a marzo de 2009 con financiamiento del fondo Ramón Álvarez Buylla de Aldana, de la Universidad de Colima. El número de proyecto es 536/08.

bio en su representación de la familia ideal, la transición de una familia nuclear a una monoparental, el proceso de rechazo social y acoso sexual que viven tras la ruptura del lazo conyugal o nacimiento del hijo sin un padre presente y la valoración de la ruptura del mismo.

Las entrevistadas fueron seleccionadas a partir de la identificación de estos criterios entre mujeres conocidas o cercanas a mí en las ciudades de Guadalajara, Ciudad Guzmán y Colima —lugares donde viví—, lo cual facilitó su contacto. En el caso de Manzanillo y Tecomán se localizaron por medio de estudiantes y familiares políticos quienes abrieron el contacto con las mismas. Una vez hecho esto, las propias entrevistadas me refirieron con amigas o familiares con las características buscadas.

Las entrevistas fueron realizadas en las ciudades medias de Colima, Manzanillo y Tecomán, del estado de Colima, y Guadalajara y Ciudad Guzmán, del estado de Jalisco. Éstas giraron en torno al imaginario social de las entrevistadas sobre la jefatura del hogar, la familia y la familia ideal, su vida laboral, el camino hacia la jefatura del hogar, la creación de nuevas redes sociales a partir de la ruptura con la pareja, la composición del hogar, la composición de la economía del hogar, los cambios económicos en el hogar tras la ruptura o conformación de la nueva estructura familiar, los cambios en la rutina doméstica tras la ruptura o nueva conformación familiar, el proceso de exclusión social y estigma, y la autopercepción de las mujeres como jefas de familia.

A partir de los criterios anteriores se realizaron 24 entrevistas: a seis mujeres viudas, seis madres solteras, seis separadas y seis divorciadas. El análisis de los mismos se hizo de manera comparativa por estado civil, edad y clase social en torno a su imaginario de la familia ideal, el proceso de rechazo social y acoso sexual que viven tras la ruptura del lazo conyugal o nacimiento del hijo sin un padre presente y la valoración de la ruptura del mismo. El Cuadro 1 muestra el perfil sociodemográfico de las mujeres entrevistadas.

Los hallazgos y datos empíricos generados por la investigación aquí referida contribuyen al entendimiento de la problemática de los HJF en México al arrojar luz en torno a la autopercepción de las jefas de hogar de ciudades medias mexicanas no estudiadas. Hay muy pocas investigaciones que muestren cómo se ven a sí mismas las jefas de familia y la degradación de la vida social que experimentan tras la ruptura o muerte de la pareja o el nacimiento de los hijos sin un padre. Los trabajos de Martínez (1997); Rodríguez (1997); y Vázquez (1997), abonan hallazgos valiosos a este respecto mas no abordan de manera directa este problema. Lo que este artículo permite conocer pues es la subjetividad de mujeres de contextos urbanos medios más

## Cuadro 1

Perfil sociodemográfico de las entrevistadas.

Entrevista	Ciudad de estudio	Estado civil	Edad	Ocupación	Clase social	Escolaridad	Núm. de hijos
1S	Tecomán	Separada	33	Vendedora ambulante de servicios funerarios	Baja	Primaria	4
2S	Colima	Separada	39	Periodista	Baja	Licenciatura	1
3S	Colima	Separada	34	Profesora e investigadora	Media	Post-doctorado	1
4S	Colima	Separada	36	Empleada doméstica	Baja	Secundaria	4
5S	Tecomán	Separada	43	Vendedora Fuller, Avon y zapatos por catálogo	Baja	Secundaria	3
6S	Guadalajara	Separada	52	Vendedora de bienes raíces	Media alta	Maestría	2
1V	Colima	Viuda	54	Cocinera	Baja	Bachillerato	3
2V	Colima	Viuda/Separada	50	Abogada defensora	Media	Licenciatura	1
3V	Colima	Viuda	58	Empresaria de la construcción	Media alta	Licenciatura	5
4V	Tecomán	Viuda	39	Administradora centro comercial	Media	Licenciatura	2
5V	Guadalajara	Madre soltera	48	Propietaria de salón de belleza	Media	Preparatoria	2
6V	Tecomán	Viuda	64	Empleada doméstica	Baja	3° primaria	5
1D	Colima	Divorciada	39	Comerciante	Media	Bachillerato	1
2D	Manzanillo	Divorciada	32	Administradora de club de golf	Media alta	Licenciatura	1
3D	Manzanillo	Divorciada	38	Propietaria de salón de belleza	Media	Preparatoria	2
4D	Manzanillo	Divorciada	34	Vendedora de bienes raíces	Media	Bachillerato	1
5D	Tecomán	Divorciada	45	Comerciante ambulante	Baja	Secundaria	3
6D	Colima	Divorciada	46	Vendedora de publicidad	Media	Preparatoria	1
1MS	Colima	Madre soltera	43	Empleada lavandería	Baja	Primaria	1
2MS	Tecomán	Madre soltera	48	Empacadora de limón	Baja	Primaria incompleta	5

Cuadro 1 (conclusión)

<i>Entrevista</i>	<i>Ciudad de estudio</i>	<i>Estado civil</i>	<i>Edad</i>	<i>Ocupación</i>	<i>Clase social</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Núm. de hijos</i>
3MS	Tecomán	Madre soltera	72	Comerciante	Media	Analfabeta	8
4MS	Ciudad Guzmán	Madre soltera	43	Cocinera	Baja	Secundaria	1
5MS	Ciudad Guzmán	Madre soltera	34	Comerciante de repostería	Media	Licenciatura	1
6MS	Ciudad Guzmán	Madre soltera	40	Propietaria salón de belleza	Media	Licenciatura	1

tradicionales en donde es más difícil pasar desapercibidas. Los datos reflejan la vigente y amplia reproducción de prejuicios sociales en el México contemporáneo de regiones eminentemente tradicionales.

La investigación partió de la hipótesis de que el rechazo social y acoso sexual que las jefas de hogar percibieron fue infundado e incluso, a decir de algunos autores como Jelin (2008: 103), menos frecuente en las sociedades latinoamericanas contemporáneas. No obstante, los datos empíricos muestran que, lejos de ser una situación aislada y clasista y propia de mujeres, es una actitud generalizada.

### **La familia *versus* las familias**

Los discursos oficiales de las instituciones de los países latinoamericanos tienden a referirse a *la familia* como la principal institución de convivencia y reproducción social. Los mismos la consideran, en mayor o menor medida, un espacio de relaciones equilibrado y democrático que, dependiendo del aspecto que sobre ella se discuta, puede considerarse un asunto de interés público o estrictamente privado.

Otra particularidad de dichos discursos es la tendencia a privilegiar el modelo nuclear compuesto por padres de distinto sexo y sus hijos biológicos como el predominante e ideal. Esto no es privativo de México y la región de América Latina sino una tendencia mundial como lo sugieren los trabajos de Harris (2008); Therborn (2008); Jeong y You (2008); Hilton y Kopera-Frye (2006); Takyi y Gyimah (2007); Davis y Greenstein (2004); Rodman y Hildreth (2002); y Emery y Lloyd (2001).

Dichos estudios sugieren que varían los niveles de aceptación e inclusión de la diversidad familiar en las políticas públicas en distintas regiones del mundo y que en mayor o menor medida éstos tienden a considerar las estructuras no tradicionales como desviaciones de la norma. Es evidente que una concepción tan limitada e inflexible dificulta la aceptación de otros arreglos y formas de convivencia en la vida social, como podrían ser los hogares monoparentales femeninos y masculinos, las parejas sin hijos, las parejas de homosexuales, las madres y padres adoptivos, entre otras. Ariza y De Oliveira (2008: 261) sostienen que dicha postura se traduce en formas específicas de exclusión social, en una mayor pobreza de cierto tipo de hogares —en particular de los sectores más pobres— y en daño social.

En el México contemporáneo, el modelo familiar predominante —y también decreciente— es el nuclear. No obstante, junto a él crecen de manera acelerada otros arreglos de vida familiar no tradicionales. A pesar de ello,

las políticas y los discursos públicos tienden a referirse a la estructura nuclear como el prototipo ideal y de mayor prestigio social. Esto se traduce, como veremos más adelante, en una resistencia cultural al reconocimiento e integración social de toda la variante de estructuras domésticas no nucleares que se desarrollan a la par de la nuclear.

De la creciente diversidad de modelos familiares no tradicionales me interesa estudiar los hogares de jefatura femenina. Sin importar la metodología utilizada para definirla, los estudios coinciden en señalar el rápido crecimiento de este tipo de hogares en los últimos 30 años tanto en México como en Latinoamérica. En este artículo en particular defino como HJF el que se compone a partir de la ausencia de un varón proveedor en casa que deja a las mujeres como responsables de la manutención, educación, cuidado y socialización de los hijos. La categoría se construye a partir del trabajo de campo realizado para esta investigación, así como por las propuestas hechas por Chant y McIlwane (1995); y González de la Rocha (1999), en sus estudios sobre hogares dirigidos por mujeres.

De acuerdo con García y De Oliveira (2005), los HJF son una característica innata de la región latinoamericana desde por lo menos el siglo XVII. Las autoras encontraron que entre los siglos XVII y XIX, 24% y 45% de los hogares de Latinoamérica y el Caribe fueron encabezados por mujeres (García y De Oliveira, 2005: 32). Por su parte, García y Rojas (2002: 276) encontraron que hacia finales del siglo XX, en 1970, aproximadamente 14% de los hogares de la región fueron dirigidos por ellas. La cifra subió a 17% en 1990 (García y Rojas, 2002: 276), y a 21% en el año 2000 (García y Rojas, 2002: 276). Los HJF no son pues un fenómeno nuevo, ya que han representado desde al menos el siglo XVII, entre 20% y 25% de los hogares en América Latina.<sup>2</sup> Las cifras de HJF para México en 2005 (INEGI, 2005) indican que 23.1% de los hogares son dirigidos por mujeres.

Los fenómenos que generan cambios en las estructuras familiares son resultado tanto de procesos sociales externos como internos. Con relación a los primeros, Therborn (2008) apunta que las dinámicas y la composición de las mismas cambian debido a que:

no tienen una dinámica propia de desarrollo, de modo que el impulso que genera los cambios es exógeno, alterando el equilibrio institucional de derechos y deberes, por una parte, y los poderes y dependencias, por otra. Los cambios exógenos a la población, la migración, el abandono del campo (“descampeni-

<sup>2</sup> Es conveniente reflexionar sobre las variaciones históricas de los criterios teórico-metodológicos para la definición de la jefatura de hogar, así como los datos a partir de los cuales se obtuvieron tales cifras.

zación”), la proletarización, la industrialización y el proceso contrario (“desindustrialización”) tienen una importancia fundamental en estos trastornos de los equilibrios familiares. También gravitan considerablemente procesos culturales tales como la secularización y la escolarización, y las técnicas de anticoncepción. (Therborn, 2008:31)

Dichos fenómenos son mediados por los distintos miembros de la familia de manera diferenciada. Es decir, los individuos no son meras marionetas manejadas por los procesos estructurales globales. Los estudios de Ariza y De Oliveira (2008); Arriagada (2001; 2008a; 2008b); y Jelin (2008) arrojan evidencia interesante en este respecto. Ellos muestran la capacidad de respuesta de las familias ante las presiones externas, la manera en que ello afecta sus estructuras, sus dinámicas y su conciencia misma de la situación. Scott (1999: 61) llama a esto “agencia” la cual define como la capacidad humana de construir una identidad, una vida y un entramado de relaciones que establecen fronteras y contienen la capacidad de la negación, de resistencia, de reinterpretación y el juego de la invención de la imaginación metafórica. El concepto es central para entender la capacidad de acción de las mujeres entrevistadas que les permite mediar y cambiar normas y prácticas tanto individuales como familiares.

Estos fenómenos ocasionan profundos cambios en los modelos familiares, sin importar de qué tipo de familia se hable, y tienen gran importancia. Arriagada (2008b: 17) sostiene que los tres ámbitos en los que estas transformaciones son más evidentes son en el ejercicio de la sexualidad, la procreación y la convivencia familiar. Todos ellos se han modificado de manera putativa en las últimas décadas, afectando las estructuras de las familias de todas las clases sociales de manera lenta y constante.

Los HJF aquí estudiados transitaron de una estructura familiar nuclear a una monoparental femenina. La respuesta social que desencadena esta transición es el motivo del presente artículo, el cual observa cómo este cambio afecta la autopercepción de las mujeres entrevistadas.

Para el modelo patriarcal basado en la autoridad y respetabilidad del hombre como figura máxima de la familia y el hogar, el sometimiento de mujeres e hijos vía la ley y el autoritarismo era una condición de vida desde la Antigüedad. En la visión patriarcal, el abandono del papel tradicional, como Jelin (2008: 119) sostiene, es visto como un peligro y considerado una anormalidad. Los trabajos de Casagrande (2000); Arnaud-Duc (2000); y Bock (2000), de la Edad Media, el siglo XIX y XX sobre la situación de las mujeres en la ley, y la de Acosta (2008) sobre el siglo XXI en América Latina, muestran que su situación se ha modificado a lo largo del tiempo.



No obstante, las prácticas culturales vigentes en la mayor parte de los países en la actualidad someten y regulan a las mujeres mediante distintos mecanismos. Un mecanismo para contrarrestar dicha situación fue la Convención de 1979,<sup>3</sup> la cual nace con la intención de revertir las enormes desventajas legales y políticas que en muchos países reducían sus garantías y derechos. Si bien la iniciativa fue apoyada por 185 países miembros de la Organización de las Naciones Unidas, que reconocieron la situación de inequidad y discriminación en que ellas vivieron, 30 años más tarde es evidente que los marcos legales, lenguaje y valores culturales que regularon de manera histórica a la familia, aún moldean el imaginario social y los discursos sobre ésta.<sup>4</sup>

El camino hacia una nueva forma de convivencia familiar sin un hombre deja en entredicho la calidad y el comportamiento moral y sexual de las mujeres. Esto es evidente en los datos empíricos que esta investigación generó. Ellos muestran que las entrevistadas percibieron en su trato cotidiano con familiares, compañeros de trabajo y personas, la vigilancia y el enjuiciamiento de su comportamiento moral y sexual. Para ellas, la muerte de su pareja o la ruptura con ella se tradujo en un cambio profundo en su vida social y en una celosa vigilancia y especulación sobre su vida sexual que las afectó tanto a ellas como a sus hijos. Esta quizá sea la razón por la cual sus discursos están impregnados por dichos ambiguos y contradictorios en torno a la soledad y a su autclasificación como mujeres solas. No obstante, es necesario entender que el sentido que ellas le atribuyen a la soledad surge de la pérdida de las redes sociales tendidas durante su vida en pareja y a la dificultad de hacer otras nuevas tras la muerte o ruptura con la pareja. Veamos ahora cómo esta herencia cultural, jurídica e histórica se reproduce en su imaginario y discurso como mujeres y jefas de familia.

<sup>3</sup> La Convención Sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Contra las Mujeres fue adoptada por la Organización de las Naciones Unidas en 1979 y es considerada una agenda de derechos internacionales para las mujeres. Consiste de un preámbulo y 30 artículos que definen lo que constituye la discriminación en contra de las mujeres y establece acciones concretas para terminar con tal situación.

<sup>4</sup> Otro artículo derivado de esta misma investigación analiza y contrasta la correspondencia entre la autopercepción de las mujeres *solas* y la heteropercepción de mujeres y hombres de distintas clases sociales y estados civiles de las ciudades medias estudiadas sobre las jefas de familia madres solteras, separadas y divorciadas. Los datos fueron generados por 145 Redes Semánticas Naturales. Los resultados preliminares fueron presentados en el VIII Congreso Internacional de Historia Oral celebrado del 9 al 11 de septiembre en la Universidad de Colima, México. El artículo con los resultados se encuentra en redacción.

### **El imaginario social de la familia ideal, el estigma social y el acoso sexual y la ruptura del lazo conyugal: contradicciones y ambigüedades femeninas**

La definición de imaginario social aquí utilizada está sustentada en la discusión del griego Castoriadis (1975). Dicho autor discute que éste se puede entender como la dimensión de los significados discursivos prácticos, simbólicos e imaginarios que le dan forma y especificidad al comportamiento humano mediante el lenguaje. Mediante el lenguaje, los individuos regulan las relaciones entre ellos a través del uso de elementos lingüísticos de todo tipo, como pueden ser legales, religiosos, morales, sexuales y políticos, entre otros. Estos elementos no sólo nombran una condición específica sino que tienen también la función de regular las actitudes humanas. Esta regulación permite transformar las ideas en actitudes, así como mantener un orden social sobre lo que está permitido o no dentro de cada campo social. Es decir, mediante el lenguaje se hace alusión a la dimensión simbólica de las actividades y prácticas humanas en el interior de los grupos. Esas relaciones se convierten en actividades llenas de simbolismo (sentidos culturales) que traducen las ideas y actitudes dominantes en normas, actitudes y códigos de conducta palpables y materializados. En ese sentido, la representación imaginaria de la familia se define en función de prácticas concretas (la familia compuesta por individuos del sexo opuesto y con hijos), símbolos en torno a ella (pilar de la sociedad, célula económica, estereotipo al que todo individuo debe aspirar) y por tanto imaginaria (la aspiración casi universal de formar una familia con estas características).

Para entender cómo se estructura el imaginario social de la familia en el discurso de las entrevistadas es necesario observar dos procesos. El primero es la influencia de los discursos familiares e institucionales en su propia formación como mujeres para razonar la manera en que esto moldeó su propio imaginario. El segundo elemento es la reelaboración de lo que es la familia ideal tras la muerte de, o ruptura con, la pareja. En esta coyuntura es posible ver dos elementos más. Uno es el evidente daño social que sufren al ser consideradas familias disfuncionales por no tener un varón al lado. Esto se explica por la herencia y lógica de los marcos jurídicos y culturales a los que he hecho referencia antes. El otro punto es la reelaboración del imaginario de la familia ideal a partir de elementos y experiencias surgidas de la muerte de, y/o ruptura con, la pareja. Ésta refleja contradicciones y ambigüedades de las entrevistadas al luchar por el reconocimiento de su nuevo arreglo familiar.

*El imaginario de la familia ideal en las entrevistadas*

Las entrevistas mostraron evidentes contradicciones en los discursos sobre su imaginario de la familia y lo que para ellas era la familia ideal a partir de la ruptura con su pareja. Los datos empíricos indican de manera clara que la construcción de dicho imaginario está estrechamente relacionada con los valores familiares que les inculcaron en la infancia y adolescencia, y que estuvieron en mayor o menor medida orientados a la formación de una estructura nuclear. Estos valores influyeron en el imaginario social de la familia como aquella compuesta por ambos padres y, de manera específica para ellas, en torno al hombre.

La diferencia más evidente en la concepción del imaginario de la familia ideal de las cuatro categorías estudiadas es la de las madres solteras. En los casos de las viudas, las separadas y las divorciadas de todas las clases sociales y de todas las edades, predominó la idea de la familia ideal como aquella compuesta por ambos padres y los hijos.

La transición del modelo de vida tradicional al alternativo implicó para ellas el reconocimiento de una situación socialmente desventajosa pero también de una situación de vida en donde el sentido mismo de la familia se reconfiguró e idealizó en función de las necesidades que cada una de ellas tuvo en su propia relación:

¿Mi modelo de familia ideal? Mmm, en la familia ideal, sí creo. Creo que es una familia que está conformada por dos profesionistas, con dos personas que ya han vivido, donde no hay golpes, donde puedes ayudar a crecer a los hijos sin la necesidad de la violencia, sin que vean que su madre es golpeada. Una familia ideal creo que se puede dar en el sentido de que puedes ayudar a tus hijos a salir adelante y ayudarse como matrimonio porque platicar los dos, tratarse de entender, creo que eso sería para mí una familia ideal. Porque aun cuando he pasado por todo lo que he pasado pues sigo creyendo en el matrimonio pero donde pueda encontrar a una persona como la que necesito, pero pues eso es bien difícil.<sup>5</sup>

Yo no tuve esa familia (en mi infancia), yo deseo una familia con un padre presente, yo la deseo todavía porque (lo) tengo a él (a mi hijo) el más chico de todos, lo deseo para mi familia.<sup>6</sup>

¿La imagen de la familia ideal? No sé. Yo creo que primero una buena penetración con la pareja; yo siento que la pareja es de lo más importante, o sea,

<sup>5</sup>2S, Colima, periodista, separada, clase baja, 39 años, 1 hijo.

<sup>6</sup>2MS, Tecomán, empacadora de limón, madre soltera, clase baja, 51 años, 5 hijos.

tiene que ser el apoyo del uno al otro y de ahí para llevar bien a los hijos, o sea. Y siento que la familia es de lo más importante, o sea el esposo, los hijos, antes que cualquier otra cosa...<sup>7</sup>

El papá siempre hace falta porque apoya a la mujer en las decisiones de los hijos y la casa y le da compañía y guía a los hijos. Yo tuve una bonita familia por muchos años (llora suavemente) y ahora que no está (mi esposo) todo cambió para mí pues tengo que tomar todas las decisiones...<sup>8</sup>

Yo sí, yo sí me siento incompleta a mí sí me hubiera gustado una pareja y que el niño hubiera crecido en una familia completa.<sup>9</sup>

En dos de seis casos, de una mujer de clase media y de otra de clase baja, ellas dijeron haber pedido a su pareja tener un hijo. En un caso, la pareja tenía una relación, era estable y a distancia, y la idea de tener un hijo fue propuesta por ella quien le afirmó que su deseo era no quedarse sola ya que no vio posibilidades de que la relación se consolidara. No obstante, consideró que la genética del hombre era buena pues no consumía drogas ni tuvo enfermedades infecciosas graves o mortales. En el otro caso, la mujer le solicitó a un compañero de trabajo, que ella consideró igualmente buen candidato, que le ayudara a tener una hija.

I: Sí, después [de] que me vine de Guadalajara duré como unos dos años yo sola aquí. Y decidí embarazarme para ya no estar sola.

E: ¿Cómo fue que tomaste esa decisión, cómo elegiste al papá?

I: Pues sí, le dije que quería embarazarme pero no me entendió. Nos conocíamos del trabajo. Y lo intentamos, realmente lo intentamos pero no (se pudo). Hasta eso duré un tiempo que no me embarazaba y pensé “pues a lo mejor no puedo tener hijos, a lo mejor ya estoy muy grande para tenerlos”. Pero dije “si no me arriesgo ahorita, a lo mejor más adelante ya no los voy a tener” y mejor me arriesgué a tenerlos.<sup>10</sup>

Pues fue importante de la prepa en adelante, porque yo dije “a mí me fascinan los niños, yo no me voy a quedar sola”. Porque ya ves si no te toca casarte, te quedas sola y se van tus papás y nadie ve por ti y tú no ves más que por tus papás y cuando ya no están, ¿por quién ves? Y este siempre yo le dije al papá de mi hijo, yo duré con él seis años, le dije que quería tener un niño. Él siempre lo

<sup>7</sup>3D, Manzanillo, propietaria de estética, divorciada, clase media alta, 39 años, 2 hijos.

<sup>8</sup>3V, Colima, propietaria constructora, viuda, clase media alta, 59 años, 5 hijos.

<sup>9</sup>6MS, Ciudad Guzmán, propietaria estética, madre soltera, clase media alta, 40 años, 1 hijo.

<sup>10</sup>1MS, Colima, empleada de lavandería, madre soltera, clase baja, 43 años, 1 hijo.

negó, me dijo que no, que yo estaba loca y todavía lo negó. Yo le dije: (a) los treinta años, yo no me he casado ni veo futuro para mí y yo voy a tener un hijo. ¿Y por qué mío? Pues porque o sea, te conozco, conozco a tu (familia). Bueno, no conozco (a) su familia, pero he oído que habla de ella, no es así que digas drogadicto, borracho; o sea, tú sabes que cuando quieres tener un hijo, (quieres) lo mejor ¿verdad? No un padre que tenga vicios ni mucho menos, porque luego el hijo es el que lo lleva todo.<sup>11</sup>

La percepción de las mujeres de sí mismas y de su familia les permite ubicarse en espacios y en posiciones que estuvieron histórica y jurídicamente restringidas por siglos para ellas. Asimismo, les da una mayor autonomía. No obstante, esa transición es dolorosa e incierta por el rechazo social del que son objeto por parte de la sociedad al transgredir el modelo de la familia nuclear. Para las entrevistadas romper con el lazo conyugal resulta en el enfrentamiento de su condición de madres sin pareja. Esto puso al descubierto la poca tolerancia social hacia hogares no nucleares y a las ambiguas respuestas de los círculos sociales cercanos a ellas al cambiar de estatus civil. No obstante, no todo fue negativo, ya que para quienes vivieron relaciones desgastantes y violentas, la autonomía ganada les dio libertad y capacidad de agencia ante la incertidumbre. El rompimiento es, pues, no sólo el resultado de la muerte o el abandono de la pareja sino también de la violencia, el alcoholismo y la promiscuidad de la pareja, comportamientos ampliamente tolerados en ese género a pesar del daño social que generan. No obstante, la educación de las entrevistadas y los valores culturales que las alientan a cambiar su situación les abren espacios para satisfacer las aspiraciones individuales de equidad de género que motivan el rompimiento de uniones poco satisfactorias. Al respecto, los trabajos de García y De Oliveira (1994; 2005); González (1997); Rodríguez (1997); Aranda y Arriagada (2004); Ariza y De Oliveira (2008), amplían la discusión al respecto.

De las cuatro categorías estudiadas destaca que el imaginario de las clases medias y medias altas se construyó en torno a una paternidad compartida, comprometida y con un hombre como coproveedor, elementos que fueron precisamente identificados por ellas mismas como los principales puntos de tensión que llevaron a la ruptura. Esto se explica por los mayores niveles de escolaridad y aspiraciones de equidad ligadas a ella, a su independencia económica y una infancia influida por valores y relaciones menos convencionales.

<sup>11</sup> 5MS, Ciudad Guzmán, venta de repostería, madre soltera, clase media, 34 años, 1 hijo.

Asimismo, se puede hipotetizar que el contexto familiar en que se creció y/o el que se tuvo durante la vida de pareja fue determinante para la valoración de las entrevistadas de su imaginario de la familia ideal sin importar su condición civil, clase social o edad. A partir de este argumento es posible identificar que el clima familiar en que se creció y el tipo de valoración de las entrevistadas sobre su familia ideal tras la muerte de la pareja o la ruptura del lazo, tienen una estrecha relación con el haber crecido en hogares violentos, desunidos y sin una figura paterna. Este fue un hecho transclasista reforzado por la familia de origen de las entrevistadas. En la mayor parte de los casos, la ruptura fue rechazada por los padres y hermanos y se les alentó a luchar o mantener la relación aun cuando hubo violencia continua, homosexualidad y alcoholismo. Problemas que las entrevistadas no compartieron con sus padres por pudor o vergüenza y que no se discutieron hasta que la ruptura fue inevitable para ellas. No obstante, la falta de apoyo inicial o la resistencia de la familia a la ruptura mantuvieron a las entrevistadas en la relación aun cuando su estabilidad e integridad física y emocional estuvieron en riesgo.

Yo recién casada que empecé a ver cosas que no me gustaban como que diario llegaba borracho y vomitando, dando gritos y, ya también hubo que se juntaba como con muchos, casi todos sus amigos eran homosexuales, ¿no? (y) me dije “ámonos”. Y llegué a la casa de mis papás, mi mamá me recibió y dijo “sí, hija, duérmete, descansa, no te preocupes”. Y al día siguiente bajo, algo noté extraño, un movimiento extraño en la casa. Estaba mi mamá en un privado, hay un privado en la casa, el estudio de mi papá, y estaba mi mamá encerrada en ese privado hablando ¿no? Entonces de pronto abre la puerta (mi mamá) y había estado ella negociando no sé qué con mi ex marido, entonces había estado ella ahí diciéndole no sé qué cosas. Entonces sale mi mamá y me dice “ya te vas con tu esposo”. Y entonces me fui con mi esposo, recién, recién casados. Pero que yo en ese momento sí tuve la entereza de decir no quiero y ya después se te va perdiendo, pues sí es cierto ¿no? Aquí me voy a quedar.<sup>12</sup>

Yo estaba chica y mi papá me apoyó, un día me salí de mi casa, fue un día que me golpeó, me agarré a mi hijo, me fui a trabajar, y le dije que yo ya no iba a regresar, entonces como que sí me la creyó, y le habló a mi papá y le dijo que yo me había salido de la casa y lo había abandonado, entonces mi papá fue y habló conmigo y dijo que en la noche nos quería y él le platicó su versión, pero yo en mi casa no les platicaba nada de lo que pasaba. Si se me notaba obvio porque yo [...] me daba dinero, 200 pesos para la comida de toda la semana, no me daba ni para zapatos ni nada, así, súper castigada, entonces mi papá se enteró

<sup>12</sup>3S, Colima, investigadora, separada, clase media, 34 años, 1 hijo.

y él me depositaba 3 000 pesos al mes y yo con eso compraba leche del niño o lo que pudiera, entonces cuando me regresé a Guadalajara empecé a trabajar. Empecé en el trabajo con mi papá, tenía unos locales en plaza Mina y en la tienda se la estaban dejando, me dijo que si la quería y le dije que sí, y entonces ya me metí yo a trabajar. Y ese día ya me iba yo a trabajar ahí. Entonces él le habló a mi papá, y mi papá llegó y yo nomás le dije o sea, él no sabía nada ni que me golpeaba ni nada, ni que llegaba borracho, cómo me trataba, todas las cosas que me decía. Eso no lo sabía. Entonces yo nada más le dije una cosita, también no me iba a dejar que él contara cosas que no eran, y entonces mi papá se quedó así como muy frío, me dijo ¿quieres irte a la casa unos días? Y sí, me fui y luego me fui a mi propio departamento así sin nada, nomás la cama de mi hijo y un colchón.<sup>13</sup>

En el imaginario de todas las mujeres entrevistadas, la presencia del hombre es una necesidad y deseo personal. Esto muestra el peso de los valores inculcados y de la resistencia social a que dicha estructura se modifique.

### *Estigma social de mujeres sin pareja: rechazo social y acoso sexual*

En un sentido estrictamente sociológico, el problema fundamental de las relaciones entre distintos grupos de una misma sociedad estriba en el lugar que cada uno de ellos ocupa en la estructura social. El lugar está determinado por las relaciones de poder entre ellos materializadas por el lenguaje, normas, prácticas y códigos determinados en buena medida por la clase social, el sexo y la edad. ¿Cómo sabe un grupo o individuo cuando alguno de ellos ha transgredido la normalidad y es señalado y estigmatizado por los demás? Goffman (2006: 14) sugiere que ello se da básicamente cuando el grupo al que pertenece identifica algún elemento que lo hace diferente en cualquiera de los tres siguientes niveles: físico (malformación), tribales (políticos, religiosos, sociales, etc.) o psicológicos (homosexuales, delincuentes, drogadictos, mujeres sin pareja, etc.). Goffman sostiene que cuando esto sucede se produce el estigma. Por estigma entiende “una clase especial de relación entre atributo y estereotipo”. Quien lo padece es considerado una persona no humana, y partiendo de ese punto de vista se le practican diversos tipos de discriminación:

Mediante los cuales reducimos en la práctica, aunque a menudo sin pensarlo, sus posibilidades de vida. Construimos una teoría del estigma, una ideología

<sup>13</sup> 2D, Manzanillo, divorciada, administradora de club de golf, clase media alta, 34 años, 1 hijo.

para explicar su inferioridad y dar cuenta del peligro que representa esa persona, racionalizando a veces una animosidad que se basa en otras diferencias, como, por ejemplo, la clase social. En nuestro lenguaje cotidiano utilizamos metáforas e imágenes, términos específicamente referidos al estigma, tales como inválido, bastardo y tarado, sin acordarnos, por lo general, de su significado real. (Goffman, 2006: 14)

El estigmatizado es una persona que puede ser desacreditada y excluida y esto tiene un impacto significativo en su vida social. El proceso de desacreditación lo ejecuta el “normal”, es decir, el que vive dentro de los códigos que dicta la norma, quien es el que tiene la autoridad para enunciar los atributos del estigmatizado y además considera que él mismo no debe comportarse así. Para quien sufre el estigma, que por demás es un individuo que tiene las mismas creencias que una persona normal, cualquier cosa que se diga sobre él será entendido como un rechazo, ya que no están dispuestos a establecer contacto con él en igualdad de condiciones. Es por ello que quien considera que puede ser estigmatizado y excluido socialmente evita que su condición se conozca y evita también el contacto con los normales, es decir, se autoexcluye. Esto explica por qué las mujeres tienden, como estrategia, a autoexcluirse al romper con su pareja, ya que su posición dentro de la sociedad se modifica y adquiere un atributo de anormalidad que puede ser enfatizado en su contacto con los normales. Sin importar la condición por la cual las mujeres entrevistadas no tuvieron pareja, todas hicieron referencia a una vida social muy limitada e incómoda tras el cambio de su estado civil.

Las entrevistas muestran tendencias claras en la manera en que opera el estigma: es transclasista y no hay diferencias por edad ni por estado civil. Todas ellas, sin excepción, sufrieron exclusión social y acoso sexual en mayor o menor medida a partir de la muerte de, ruptura con su pareja y nacimiento de los hijos. En todos los casos provino de personas normales en términos goffnianos y cercanas a sus círculos sociales (familiares y colegas de trabajo, principalmente) que calificaron abierta o indirectamente como negativa la ausencia de la pareja y el tener una vida social activa. Para la mayor parte de las entrevistadas, el estigma se convirtió en parte de su vida cotidiana tras la ausencia del varón o nacimiento del hijo. Esto explica por qué la mayor parte de ellas desearon pasar desapercibidas o vivir en ciudades más grandes en donde consideraron no se repara en esos detalles porque la gente no se conoce o porque consideran el fenómeno más frecuente y por tanto más tolerado. El fenómeno fue especialmente fuerte para quienes migraron de una ciudad grande a una media, en donde el control social sobre los otros es más propicio:



El ritmo de trabajo de una ciudad más grande, como el D.F., por distancias y todo; o sea imagínate, vendo seguros de vida, seguros de gastos médicos, ¿sí? Entonces la atención tiene que ser muy personalizada; muchas veces las personas no tienen tiempo en la oficina, y si te dan el tiempo, te prestan la atención mínima; ¿por qué?, porque ya les está sonando el teléfono; porque ya les están hablando, a lo mejor son 15, 20 minutos, que no te puedes extender tanto. Entonces yo (aquí en Manzanillo) citaba a las personas, no sé, en un Vips o en un restaurante, o donde pudieran estar más relajadas, o dígame usted dónde, cuándo podemos hacer otra cita para tomar la decisión o que la tome su esposa. Aquí [...] este, no sé, a lo mejor es así de [...] de ay, no es que sabes qué, como yo soy divorciada, me ven distinto.<sup>14</sup>

Aunque no necesariamente, ya que aquellas mujeres que vivieron siempre en la misma ciudad consideraron que el tamaño de la ciudad fue una desventaja, pues favoreció el que pudieran ser vigiladas tanto por la familia como por sus círculos sociales inmediatos.

Sí porque el papá de mi hijo estaba casado, entonces de antemano no me iba a casar, y me quedo esos días con ellos (con mis papás), fue en octubre, me quedo con ellos unos días y ya cuando me voy a Guadalajara mi mamá tenía en noviembre, le tocaba en su casa recibir a la virgen de Guadalupe y le tocaba allí el rosario. Y entonces siempre nos llamaba para que todos (los hijos y la familia estuviéramos) allí ese día en la casa. Entonces fuera lunes o fuera martes todos llegábamos a la casa para acompañar a mis papás a recibir a la virgen. Y me habla a mí mi mamá: “¿sabes qué?, te voy a pedir de favor de que no vengas tú”. Entonces allí fue como que la primera (reacción de) que no tenemos ganas de verte, ahorita no nos sentimos bien con ganas para verte y no vengas. O sea, el primer rechazo que sí también (fue) fuerte de no vengas a la casa. Entonces yo fui, o sea yo ya no fui desde octubre que yo estuve aquí, y ya no fui el resto de octubre y noviembre, diciembre; ya [no] vine hasta navidad y estuve navidad y me regreso otra vez a Guadalajara. Y vengo en año nuevo, pero yo los sentía (a todos) incómodos. Más porque fue en casa de mi tío Pancho y yo llevaba un abrigo para que se notara (el embarazo) lo menos posible, y como decían mis tíos, era un secreto a voces en la familia y aquí porque todo mundo se dio cuenta.<sup>15</sup>

La estigmatización que sufren las mujeres tras la muerte de, o ruptura con, su pareja no distingue socialmente el origen de la ausencia. A nivel de estigma, los datos muestran que en términos concretos, tanto viudas como se-

<sup>14</sup>4D, Manzanillo, vendedora de bienes raíces, clase media alta, 34 años, 1 hijo.

<sup>15</sup>6MS, Ciudad Guzmán, propietaria de salón de belleza, clase media, 40 años, 1 hijo.

paradas, divorciadas y madres solteras fueron excluidas y acosadas por no tener pareja, y si bien las viudas fueron moral y socialmente más toleradas, fueron de igual manera rechazadas o evitadas. Asimismo, es un hecho que las separadas, divorciadas y madres solteras percibieron sanciones sutiles pero duras sobre su condición. Este tipo de sanciones, cuando es visto desde una perspectiva de género, indica que vino principalmente de mujeres:

En reuniones, en actividades, los fines de semana que va toda la familia. Por ejemplo en reuniones como soy sola, me hacen a un ladito. Sí, en muchas sí (me excluyen), en otras no. Hay de todo. Pero pues lo que hago es que de esas personas que te hacen mal pues te alejas, no tiene caso, no las vas a hacer entender (a la gente) que entiendan algo (que no viven). Hay veces que las situaciones te obligan a separarte, no es porque quieras, tampoco es pecado. Hay personas que son casadas y son tremendas y hay otras que somos solas y somos tranquilas. O sea, como que no piensan que todas las divorciadas andan pensando tumbarle el novio a la vecina y no, yo no sé, pero sí he sentido rechazo. Aunque repito, no de todos y no siempre.<sup>16</sup>

Yo me acuerdo en algún convivio así que estaban las parejas y de pronto todo mundo estaba en la cocina ¿no? De esas veces que todo el mundo va a la cocina y entonces estábamos un tipo que era un buen amigo y yo; nos quedamos ahí platicando en la mesa y de pronto llega la esposa y llega y se pone en medio y le da un besote en la boca ¿no? ¡Ay, mi amor! Entonces fue para mí, mi lectura fue así un, (me sentí como) caer (en) un pozo ¿sí me entiendes? [...]. Entonces en una sociedad católica se puede ser madre soltera, pero ser divorciada es un pecado, que no te quepa la menor duda. Incluso la madre soltera es una mujer engañada, una mujer burlada por un hombre que no quiso responderle, entonces la madre soltera tiene un matiz de víctima ¿no?<sup>17</sup>

He platicado con sacerdotes y ellos me dicen, nomás mueven la cabeza (al escucharme) pero me dicen “¿usted cree que todos los que estamos de sacerdotes somos hijos de matrimonio? Hemos algunos que no somos hijos de matrimonio”. Entonces un día le platicué a un sacerdote, aquí donde está el consultorio del doctor para allá, falleció una señora que apenas cumplió un año, y (ella) me dijo varias veces: ¿Oye, y no te da vergüenza tener hijos bastardos? Y ella nunca tuvo hijos. Y yo también le contesté: “A ti te vio Dios tan pendeja y tan güevona que por eso Dios no te dio ni un hijo porque te vio tan pendeja que no te dio ni un hijo y a mí me dio muchos. No me vio tan pendeja porque tú sabes

<sup>16</sup>2D, Manzanillo, propietaria de club de golf, divorciada, clase media alta, 32 años, 1 hijo.

<sup>17</sup>3S, Colima, investigadora social, separada, clase media, 34 años, 1 hijo.

que a todos los he mantenido y a mí me han costado, nunca has visto un marido a la puerta de mi casa". Se quedó callada.<sup>18</sup>

En un caso extremo, el rechazo social se tradujo en despido laboral injustificado para una madre soltera de clase baja.

cuando supo que salí embarazada (el dueño de la radiodifusora)), sí duré ahí hasta que me alivié, pero ya después [de] que me alivié me dijo que me tomara más días, es cuando dije yo ¡Ah caray!, ¿más días? ¡Pero si yo estoy bien, yo estoy bien! Pero ya después yo me fui, ya me mandó el sindicato decir que Don Manuel ya no me quería [...]. Por qué yo les decía, ¿pero por qué no me quiere? ¡Porque eres mamá soltera! ¿Ah, sí, eso te dijo? Y que quiere negociar contigo. ¿Ah sí? Pues yo no, yo no quiero negociar con él. Pues en ese momento dices tú, por la simple razón, como si sus hijas fueran la dulzura; tú sabes la historia de ellas: divorciadas, drogadictas, les pegaron y con todo y que eran de la alcurnia de Guadalajara [...] a sus hijas maltratadas, o sea, todo, todo, todo.<sup>19</sup>

Es inadecuado sostener que todos los individuos que convivieron con mujeres sin pareja las rechazaron y acosaron. Los datos indican que algunos de los amigos cercanos y compañeros de trabajo de algunas mujeres fueron mucho más tolerantes, sensibles e incluyentes con ellas. Jelin (2008: 103) reflexiona a este respecto que hasta hace unas décadas la separación de la pareja implicaba un estigma para las mujeres, quienes eran culpadas por no poder mantener el vínculo matrimonial. En un sentido amplio, y como yo misma esperaba al inicio de la investigación, pensé que no sería tan frecuente. No obstante, la evidencia es clara a este respecto, ya que si bien hay acuerdos internacionales, políticas, activismo y la necesidad de reconocimiento hacia nuevas formas familiares, la realidad no ha variado mucho. Las cuatro categorías estudiadas sufrieron, en menor o mayor grado, estigma al perder a, o romper con, su pareja y ello limitó significativamente su vida e integración social.

Al observar las respuestas desde las cuatro categorías de mujeres estudiadas se encontró que las principales diferencias entre ellas se agruparon en torno a las madres solteras de clase baja y con menor educación. Ellas percibieron menor rechazo social por la ruptura del lazo conyugal. Esto pudiera atribuirse al hecho de que sus redes sociales fueron más estrechas y a la menor importancia que le dieron al rechazo, ya que fue frecuente dada su condición social, y con el que supieron lidiar.

<sup>18</sup> 2MS, Tecomán, empleada doméstica, madre soltera, clase baja, 48 años, 5 hijos.

<sup>19</sup> 5V, Guadalajara, madre soltera, clase media, 48 años, 2 hijos.

Por el contrario, la principal diferencia de clases entre las categorías se dio entre la media alta y las más educadas de las categorías de viuda, separada y divorciada, quienes sufrieron más el rechazo social al perder casi por completo su vida social y tener que buscar otros amigos en sus mismas condiciones. A esto se sumó la caída del estatus social y económico tras la muerte de la pareja o la ruptura del lazo conyugal —salvo en un caso que la viuda heredó todas las propiedades y el capital del marido, con lo cual su situación mejoró— lo que las obligó a trabajar, pues todas ellas eran amas de casa, y así su tiempo libre se redujo sustancialmente.

En lo referente al acoso sexual, en las culturas latinoamericanas es una situación bastante frecuente que no se limita a las mujeres sin pareja, como permiten sostener los estudios de Gaytán (2007); y Martínez (2002), así como películas de la región latinoamericana y la propia literatura de García Márquez, Octavio Paz e Isabel Allende, entre muchos otros. Por acoso entiendo, siguiendo a Gaytán, “una frase ofensiva, una mirada lasciva o un toqueteo sexual, son experiencias de todos los días” (Gaytán, 2007: 5). El acoso sexual es un componente invisible de las interacciones cotidianas, que afecta la vida de las mujeres porque las obliga a someterse, doblegarse o a actuar de manera limitada o temerosa con la finalidad de evitar el encuentro sexual.

Los datos empíricos muestran que cuando una mujer es identificada por un hombre como soltera o asequible, es vista como blanco ideal de propuestas sexuales abiertas y veladas. Esto se traduce, para las cuatro categorías de mujeres entrevistadas, en dolor, decepción y enojo, ya que la mayor parte de esas propuestas fueron hechas por amigos cercanos, compadres y/o compañeros de trabajo.

Sí, sí pasa. Entonces a lo mejor por eso las esposas están así como dicen, a la expectativa o están temerosas o están porque también (los hombres) son muy indiscretos y son muy e [...] y lo hacen sentir a uno mal, quieres hacer un comentario de halago y te hacen sentir mal. Sobre todo les digo (a mis hijos) que a mí me mortifica mucho cuando hay una pareja, llámese pareja o esposo o lo que sea, y él es más atento que ella. A mí me mortifica. Yo quisiera que no me saludaran porque cuando ellos se desviven en saludarte, en atentos y todo, ellas se ponen como más para atrás y es nada, a veces ni te saludan, a veces hasta te ignoran.<sup>20</sup>

Él otro amigo (el esposo de mi amiga) también se estaba fijando en mí ¿verdad? Y de repente así como que los mensajes por celular decían cosas como “soñé contigo” y yo, ¿qué onda? Y no los contestaba y ay me decía ¿te dije que so-

<sup>20</sup>3V, Colima, empresaria bienes raíces, viuda, 59 años, 5 hijos.

ñé contigo y fue un sueño hermoso y que no sé qué? y yo ¿*what*? Entonces empecé a dejar de contestarlos hasta que un día me habla (por teléfono) y pone una canción y me dice que yo y que, que, que si quería en el momento en que yo dijera él venía (a Colima). Y yo (le) dije, a ver ¿en qué momento me grabé una p en la frente? O sea, (le) dije ¿y te das cuenta que Sandra es mi amiga? O sea, ¿sí entiendes lo que estás haciendo, no? Pero es que (él dijo) tú eres, que yo [...]. Nada (le) dije yo. O sea, mira, no sé si reirme o llorar, o sea realmente me ofende lo que me estás diciendo. O sea, ¿en qué momento yo te di una cosa que tú malinterpretaras? No. ¡Jamás! Y entonces (él) dijo “es que tú eres una dama y es que por esto [...]”. Así, puras estupideces. Bueno, finalmente terminó diciéndome perdón. Dije pus sí, o sea, le digo, o sea, ¿en qué momento te confundiste, no? O sea, dime por favor para ya no volverlo hacer, no, en ningún momento.<sup>21</sup>

Los datos empíricos muestran que las mujeres viudas, separadas y divorciadas de clase media y media alta experimentaron acoso sexual de manera verbal y respondieron ante él ignorándolo, y en otras ocasiones con la ayuda de sus familiares o compañeros de trabajo varones.

Pero no todas las mujeres respondieron de la misma forma, ya que en el caso de una mujer separada de clase baja, ella sacó ventaja de las propuestas para terminar su trabajo de tesis de licenciatura. Sus acosadores fueron compañeros de trabajo ligados a la academia y los medios de comunicación, lo que ella necesitaba para terminarla debido a la dificultad para combinar sus actividades como madre, tesista y trabajadora:

Me convertí (al separarme) en el acoso de los hombres del periódico, del director en particular; y del caricaturista del periódico y de mis compañeros jóvenes, pues yo tenía como 28 años, casi 29 cuando comencé a trabajar en el periódico. Y yo sentía que como era joven y era parte de la profesión, pues era parte de lo mismo. Me valía de ese gusto que tenía el director por mí, lo utilicé para terminar mi tesis y al caricaturista. Lo único que hacía era darme cuenta de que podía tener la oportunidad de volver a hacer mi vida y que se fijaba en mí por mí. Pero no, para el caricaturista era más bien la calentura, me buscaba porque era un hombre grande y casado y yo era una chica joven con necesidad de ayuda y sola.<sup>22</sup>

Otro hallazgo importante en torno a la intensidad y forma del acoso es la pertenencia de clase social, como también encontró Rodríguez (1997: 229-230). Al igual que ella, la relación entre acoso sexual físico más agresivo y el sector social bajo fue clara. En tres casos —dos madres solteras y una

<sup>21</sup> ID, Colima, propietaria tienda de ropa, divorciada, 39 años, 1 hijo.

<sup>22</sup> 2S, Colima, periodista, separada, clase baja, 39 años, 1 hijo.

separada—, los hombres intentaron meterse a sus casas y tener relaciones sexuales con ellas.

yo casi casi no le hablo a nadie por aquí. O sea, sí les hablo, les saludo pero no soy de las personas que se pone a platicar. Una persona de aquí sí me acosa y se quiso meter (a la casa) y me empujó la puerta; se quería meter pero lo corrí y le pegué y le grite. Un día me le puse al tiro y ya no pasó de ahí.<sup>23</sup>

Uno se brincó el portón de allá de aquel lado e intentó meterse por de aquel lado, o sea, pa tocarme por de aquel lado porque no vieran aquí (los vecinos). Cuando yo oí que brincaron salí yo a grito abierto, a grito abierto salí y dije ¿quién eres, quién eres? ¡Yo soy, soy Coquino, no grites, no grites! Ábreme la puerta de acá de, del corral, ábreme la puerta pa salirme. Le dije ¡salte de ahí! “Pues ábreme la puerta”. Le dije “por la puerta no entraste, no entraste por ahí, así que salte” y ya empezaron a salir los vecinos, aquí de enfrente todo eso y ya se fue.<sup>24</sup>

Es amigo de él (mi ex esposo), no mío, yo, pues [...] su esposa lo dejó, yo conocí a su esposa, yo le hablaba a su esposa, no a este señor, y es amigo de él, y pues [...] a mí eso no me parecía [...] me sigue a la parada, le dije ¿tú crees, le dije, que yo soy tonta o qué? ¿Piensa que soy ignorante? Le dije no (soy). Me sigue a la parada, le dije, y luego se pasa, pasa por enfrente de la casa y se pone a cantar o se sale pa fuera y me ve de arriba pa abajo como insinuándose ¿qué es eso? Le digo, no [...]. Y a mí eso sí no me gusta porque siento que sí, siempre he sentido la mirada suya muy fea aunque yo prácticamente no volteo; y le digo, siempre me ha pasado eso, siempre me han seguido, me persiguen ¡Ay no, qué enfado!<sup>25</sup>

Goffman (2006: 154) puntualiza cómo es que los individuos que sufren una repentina estigmatización —de normal a estigmatizada, léase de tener pareja a no tenerla— pueden sobrevivir psicológicamente al cambio de condición. Sostiene que lo hacen por medio del entrenamiento en la vida cotidiana al enfrentar situaciones que les recuerdan su atributo de anormalidad mediante el reconocimiento de ella, lo cual es, como se puede ver, doloroso. En el primer caso, la ausencia de la pareja es interpretada por sus compañeros de trabajo como la oportunidad para plantearle favores sexuales. En el segundo caso, como Goffman (2006: 155) observa, cuando los normales intentan ayudar con tacto (o no, agregaría yo), a la persona estigmatizada a resolver sus dificultades, esta aprieta los dientes. Aquí es conveniente agregar que la

<sup>23</sup> 1MS, Colima, empleada de lavandería, madre soltera, clase baja, 43 años, 1 hijo.

<sup>24</sup> 2MS, Tecomán, empleada doméstica, madre soltera, clase baja, 48 años, 5 hijos.

<sup>25</sup> 2MS, Colima, empleada doméstica, separada, clase baja, 37 años, 4 hijos.

estigmatizada puede aceptarla o no en función de lo que esté en juego y de cómo entienda la propuesta. En el tercer caso vemos que el acoso se da a partir de la identificación de atributos (soledad, necesidad de cariño, etc.) de la entrevistada. La manera de resistir dicha presión es resaltando el correcto comportamiento sexual y moral, que fue algo que preocupó sobremanera a las entrevistadas ya que temieron dañara su reputación y afectara a sus hijos.

*Las mujeres solas: la ruptura del lazo conyugal, entre la vulnerabilidad y el ejercicio de la agencia*

El punto de mayor coincidencia en las cuatro categorías de mujeres estudiadas fue su sensación de soledad tras la ruptura del lazo conyugal o el nacimiento de los hijos. De nueva cuenta, sus discursos muestran ambigüedades y contradicciones en torno a la soledad. Esto contrasta con lo encontrado por Rodríguez (1997: 229) en su estudio sobre el mito del amor y las jefas de familia, del cual se desprende que ellas no se sintieron solas. El hallazgo es muy significativo y sugiere que el tamaño de la ciudad podría ser un factor crucial en los procesos de autopercepción del rechazo social que las entrevistadas percibieron. Rodríguez entrevistó a mujeres del Distrito Federal, mientras que la presente investigación se concentró en ciudades medias con la excepción de Guadalajara, en donde la evidencia muestra precisamente más tolerancia aunque no menos rechazo social hacia las mujeres solas.

Hace ocho días hicimos una reunión con una bola de ellos (amigos) pero porque una amiga, su esposo es piloto y entonces seguido está sola y con ellos sí me gusta (ir) porque va Elena sola, entonces la llevamos muy bien y vamos Elena y yo ahí ya me siento (bien). Pero a veces digo ay yo sola como que no sé. Sí hay eso, siempre existe aunque haya mucha divorciada. Yo digo que ya en el entorno de que fulanita está divorciada y le quitó el marido a no sé quién, entonces a lo mejor todavía te [...] aunque te digo todo mundo conmigo muy bien y te respetan y todo. Pero digo, ¿qué necesidad tengo (de que me hagan sentir mal o me critiquen)? Yo no tengo necesidad ni tengo tiempo, para empezar. Entonces todo así planeadito, de aquel ladito, y voy a cenar si es algo así muy relevante. Pero trato de no meterme mucho, tengo mis límites así como con los maridos sobre todo. Todavía existe eso mucho [...] ¿Qué necesidad tengo? O sea, yo no tengo esa necesidad, tiempo es lo que me hace falta y soy muy amiguera, te digo cada vez tengo más compromisos y más amigos y de diferentes tipos.<sup>26</sup>

<sup>26</sup> 6S, Guadalajara, vendedora de bienes raíces, separada, clase media alta, 52 años, 2 hijos.

Sentía miedo, sí, sentía mucho miedo, sentía soledad. Me sentía sola, muy sola y tenía la incógnita de qué voy hacer, ¿no? Okay, entonces yo en esos días precisamente [...] había regresado a casa de mi abuela y ya tenía el carro, ya manejaba y tenía a Orlando y Orlando estaba chiquito, no sé tres, cuatro meses tenía y se desintegra mi familia porque se muere mi abuela, ¿no? Y entonces cada quien se fue e hizo su (vida) con su familia [...]. Ya no había nada (de casa) pero en ese (momento) me acuerdo que me fui (a casa de) una tía (que) me dijo “vente flaca —me decían flaca—, vente flaca, te vienes conmigo mientras te acomodas y mientras ves qué vas a hacer”. Y sí, me fui a mi casa pero ya después ella compró casa y se iba ir hasta Lomas Doradas. Y en ese tiempo, te estoy hablando hace veintitrés años, veinticuatro años, de veintitrés años, era muy lejos, muy lejos y decía yo “dios de mi vida, ¿qué voy hacer, okay? Otra tía que vivía ahí a unas cuadras de con mi tía, que estaba, que viven aquí por la 34 Industrial que está allí en San Felipe, me dijo “pues vente. Mira, ahorita una de mis hijas no está y su cuarto está solo; o sea que está oscuro”. Y me fui pero mis tíos eran (parientes míos en) segundo (grado) porque eran parientes, era hermana de mi abuela. Entonces al tiempo [...] obviamente mi vida continuaba pero mi tío, (el) esposo de mi tía que era especial, dijo “ya no se va poder quedar y que ya se vaya porque es mal ejemplo para las muchachas (sus hijas)” y bla, bla, bla, ¿no? Cuando sus hijas eran todas un vil desastre, ¿no?<sup>27</sup>

El tamaño de las ciudades en donde se realizó trabajo de campo fue de 50 mil, en el caso de Tecmán, Colima; a 120 mil en el caso de Colima, Colima. Lo reducido de la población se tradujo en pocas opciones educativas, laborales y lúdicas —tres arenas centrales para el desarrollo de la vida familiar— para las mujeres entrevistadas, lo cual favoreció un mayor control sobre su vida personal y familiar.

Para las madres solteras, la ausencia del padre no fue necesariamente vista como fracaso o pérdida pero sí como vulnerabilidad. El hecho de tener un hijo sin un padre al lado, y aun cuando contaron con el apoyo familiar tras meses de conflicto por esa situación, sintieron que transgredían las reglas sociales. Esto fue así aun en el caso de dos madres solteras que crecieron en hogares en esa misma condición. Esto sugiere que las mujeres y las familias responden a presiones del contexto inmediato al conformar su familia pero también cuentan con un espacio y capacidad de acción autónoma, como sostiene García y De Oliveira (1994; 2005); Martínez (1997); Rodríguez (1997); Vázquez (1997); Arriagada (2001; 2008a; 2008b); García y Rojas (2002); Ariza y De Oliveira (2008); y Jelin (2008). Otro aspecto central del análisis del sentimiento de soledad de las madres solteras es encontrar que ni la clase social ni la edad fueron relevantes en esta postura. De acuerdo con las entre-

<sup>27</sup>5V, Guadalajara, propietaria de estética, madre soltera, clase media, 48 años, 2 hijos.



vistas analizadas, todas ellas desearon tener hijos en la adolescencia, lo que se convirtió en una necesidad en la vida adulta al no consolidar una vida en pareja. El miedo a la soledad las alentó a embarazarse, de manera consciente o inconsciente. No obstante, el nacimiento de los hijos satisfizo sus necesidades de madre y de compañía pero las marcó como familias incompletas, y a partir de ello se convirtió en una vía para valorarse como mujeres solas.

En lo referente a las viudas, todas ellas se percibieron como mujeres solas tras la muerte de la pareja debido a dos razones. La primera es el sentimiento de vulnerabilidad social y sexual que les acarrió la muerte de su pareja. Ellas se enfrentaron por primera vez con el dilema de ser tratadas de manera distinta por esta condición. La segunda es la pérdida de la mayor parte o todas las redes sociales establecidas a lo largo de la vida y del rechazo social que se agudiza al intentar hacer otras nuevas. Esto favorece su percepción de mujeres solas, en donde la vulnerabilidad social ante la ausencia del hombre, más que a su compañía concreta, es a lo que hacen alusión. Si bien a diferencia de las madres solteras las viudas gozan del respeto social por haber cuidado de sus parejas, las entrevistas muestran que su sentimiento de soledad fue el mismo.

Entre las separadas, sin importar la edad y la clase social, encontré el mismo sentimiento de soledad de las dos categorías anteriores. A diferencia de ellas, y al igual que encontró Rodríguez (1997: 229), las de menor estrato social tuvieron redes sociales más estrechas y estuvieron menos preocupadas por el rechazo social que sufrieron. No obstante, esto no tuvo un papel central en su autopercepción de soledad. En este sentido, el peso de la familia ideal fue el mismo.

En el grupo de las divorciadas, la autopercepción de mujeres solas fue transclasista y homogéneo, sin importar la edad de las entrevistadas.<sup>28</sup> A diferencia de las tres categorías anteriores, las divorciadas solicitaron legalmente la ruptura de la unión tras años de intentos por estabilizar la relación de pareja. Esto implicó, al igual que en las madres solteras, viudas y separadas, un periodo de duelo previo y posterior al divorcio por la pérdida de la pareja. Es decir, la sensación de mujer sola se inició desde antes de la ruptura debido a que la vida conyugal se deterioró por completo desde meses atrás del

<sup>28</sup> En el trabajo de campo no se encontraron mujeres de clase baja divorciadas. A las que se entrevistó estuvieron separadas. Entre ellas se encontró que la pareja se negó a darles el divorcio debido a las obligaciones económicas que adquiriría y al sentimiento de fracaso que percibía en la ruptura del lazo. Esto, al parecer, se derivó de su percepción de pérdida y fracaso al no querer que la relación terminara y al no solicitar el divorcio ellos. Los estudios cualitativos sobre prácticamente todos los aspectos de la masculinidad son una laguna de conocimiento importante en México y Latinoamérica sobre la cual hay mucho camino por recorrer.

divorcio. En este sentido, el sentimiento de soledad se afirmó tras el divorcio debido a la caída del nivel de vida, a los conflictos con la ex pareja por la irregularidad de la pensión alimentaria para los hijos y su negativa o retrasos en el pago de la misma, a las obligaciones económicas y los problemas de salud y de conducta de los hijos que ellas tienen que enfrentar tras el divorcio. Problemas que las madres solteras y viudas no enfrentaron.

### La ruptura del lazo conyugal: del fracaso a la libertad

La relación entre el imaginario social de la familia ideal de las entrevistadas y la valoración de la ruptura del lazo conyugal es muy estrecha. Esto se ha discutido a lo largo de las dos secciones anteriores al ver el peso de los marcos jurídicos y el discurso más tradicionalista tanto de la Iglesia como del Estado en torno a la regulación y definición de dicha institución. A partir de los datos encontrados por esta investigación se puede hipotetizar que sin importar la clase social, edad y estatus civil de las mujeres, la aspiración de la mayor parte de ellas es formar una familia con un padre presente. Este valor y modelo familiar son incorporados a lo largo de la trayectoria de todo individuo, lo cual es reforzado por los mitos en torno a lo que debe ser la familia, y que es interiorizado en la vida cotidiana. Dichos mitos, como Rodríguez (1997: 202) encontró en su estudio, son interiorizados y reproducidos por los individuos desde una edad temprana con la forma de deseos personales en torno al amor, el matrimonio y la maternidad, entre otros.

Hay una numerosa bibliografía (véanse Goode, 1970; Giddens, 1992; Anderson, 1998) en torno a los procesos históricos y culturales que definen el concepto de familia y su estructura. Estos muestran que es la combinación de ambos factores lo que define los significados variables de la maternidad —casi como un sinónimo de ser mujer—, la identidad de género —con el hombre en la esfera pública y la mujer en la privada—, la sexualidad —pasiva para las mujeres, preactiva para los hombres—, los hijos —educados por la mujeres y mantenidos por los hombres— y la familia —compuesta por individuos del sexo opuesto y con los hijos biológicos de ambos—. Tales normas son impulsadas por las principales instituciones reguladoras de la vida social, pero son las familias quienes las reproducen en el seno del hogar.

Lo anterior es muy importante considerarlo cuando se analiza por qué las entrevistadas valoran inicialmente como un fracaso la ruptura del lazo conyugal o con dolor la ausencia del padre en el caso de las madres solteras. Esto tiene correspondencia con lo discutido anteriormente y permite hacer visible la manera en que los valores y las normas sociales —que regulan lo que debe ser y cómo debe componerse la familia— fueron interiorizados

como valores y deseos propios de todas las entrevistadas. A partir de ellos resulta lógico que la desintegración o la imposibilidad de tener una familia nuclear sean temporalmente valoradas como un fracaso personal.

Los datos empíricos muestran que los discursos y valores que los padres inculcaron a las entrevistadas en torno a la familia y el amor, así como las propias aspiraciones personales determinaron el imaginario social de la familia para las entrevistadas. Cuando se observan los datos por estado civil, edad y clase social no se encuentran diferencias significativas en la interpretación de los datos entre las divorciadas, madres solteras y separadas.

Pues no sé, será por la idea que yo tenía del matrimonio o por lo que yo quería de mi vida, siento que no logré mi objetivo y eso sí me da mucha tristeza de que, en pensar que puse toda mi vida, o sea todas mis ilusiones, todo mi anhelo lo puse en él (mi pareja) y no pude a llegar a concretar algo. O sea, yo quería que mi matrimonio fuera muy feliz y para toda la vida y que la pareja, que siempre estuviéramos juntos, y que si los niños crecían (él estuviera con nosotros). O sea, yo creo que él dice (mi ex marido) que yo vivía como en cuento de hadas que pienso que el mundo es un cuento de hadas...<sup>29</sup>

No, no me asumo como (que) yo fracasé sino como una gran pérdida. O sea, como te dije hace rato, si pudiéramos hablar en términos cursis de los sueños que uno tiene, que yo tengo, que tuviera de la maternidad, el embarazo, el enamoramiento; todos esos sueños a mí me los hizo pedacitos mi vida del matrimonio ¿no? Así, o sea; entonces no te diría que lo vivo como un fracaso, sino fue así una gran pérdida de mis ilusiones, me dejó así como, me dejó con una sensación de vacío así, no de fracaso e impotencia: *es que no puedo*. No, sino que fue así todo lo que yo creía, lo que quería, lo que me enseñaron (en casa), lo que esperaba, no existió.<sup>30</sup>

Y entonces, este, pues sí me he sentido criticada en esa forma porque el papá de mis hijos no está aquí. Por ejemplo, en que mis sobrinas pues han dicho que, que no tengo, que no tiene mi hijo, mis hijos papás o que estoy sola, ¡ah es mi tía, la mamá de Brenda, nomás que no tiene, es la que no tiene papá! Y pus siento feo porque a mi hija me la señalan pero pues el papá se fue.<sup>31</sup>

Entre las viudas es interesante observar que la sensación de soledad se acrecienta, cuando la relación con la pareja fue estable y satisfactoria. Este

<sup>29</sup> 4D, Manzanillo, vendedora de bienes raíces, clase media alta, divorciada, 32 años, 1 hijo.

<sup>30</sup> 3S, Colima, investigadora, clase media, separada, 35 años, 1 hijo.

<sup>31</sup> 2MS, Tecomán, cortadora de limón, madre soltera, clase baja, 51 años, 5 hijos.

fue un común denominador entre todas ellas sin importar la edad y clase social. Entre ellas predominó la sensación de soledad y desprotección tras la muerte de la pareja.

Yo la, yo, como yo me sentí (se aclara la garganta) [...]. Haga de cuenta que yo estaba en un paraíso rodeada de todo y que nada me faltaba, pero desde un punto que mi marido me faltó, yo sentí como que llegó un aironazo o como que yo tenía un árbol frondoso, me cubría de sombra y cuando mi marido faltó, sentí como que llegó un aironazo y me sacó ese árbol desde la raíz y me dejó en pleno desierto. Y hasta la fecha me siento de, hmmm, desprotegida, me siento sola, me siento.<sup>32</sup>

Pues ahora que sí, que como dicen, me sentí sola y desamparada, pero, pero igual iban a entrar en papel los papás, siente uno el apoyo, siente uno que, pues que si algo no sale a lo mejor en ese momento como uno espera, siempre va a contar con el apoyo de los papás.<sup>33</sup>

Yo quedé de heredera universal, entonces como te digo, yo podía haber hecho lo que hubiera querido porque hay muchas mujeres que se gastan, que se gastan el dinero y no apoyan a los hijos y yo no, yo primero número uno fueron mis hijos. Y después yo, yo esta casa yo la hice, ya yo sola. Ya acordé las necesidades que yo necesitaba; porque donde vivía antes tenía cuatro recámaras, se van quedando las recámaras vacías. Y también es muy triste, como que se siente más triste todavía la casa, y ésta nada más tiene dos, que todo el mundo me decía que por qué no hacía otra recámara. Y no, no, no. Porque cuando me cambié aquí tenía todavía dos hijos sin casar, pero al año de vivir aquí, (se casaron) uno a los seis meses y a los otros seis meses. Entonces tengo cinco años de vivir sola, sola. Entonces yo sé, si yo como o si no como, si pago la luz o si me acuesto a dormir todo el día yo sé, yo hago mi vida y yo me manejo.<sup>34</sup>

Si bien las condiciones que llevaron a las madres solteras, separadas y divorciadas a romper el vínculo con su pareja fue distinto porque lo desearon o alguna de las dos partes tomó esa decisión, destaca el hecho de que también se sintieron muy vulnerables y solas tras la ruptura, como ya discutí anteriormente. Esto es muy significativo, ya que subraya el peso de los valores culturales asociados al matrimonio y al amor.

En este punto conviene retomar la hipótesis central de la investigación, que postula que el sentimiento de exclusión social que percibieron estas

<sup>32</sup> 6V, Tecomán, empleada doméstica, viuda, clase baja, 64 años, 5 hijos.

<sup>33</sup> 4V, Tecomán, contadora, viuda, clase media, 39 años, 2 hijos.

<sup>34</sup> 3V, Colima, empresaria de bienes raíces, viuda, clase media alta, 58 años, 5 hijos.

mujeres fue infundado. Los datos muestran que es incorrecta, ya que hay un amplio fundamento sociocultural que da vida y reproduce valores e imaginarios en torno a la familia y el amor anclados en la familia nuclear. Los valores de hombres y mujeres, a este respecto, se reproducen desde la familia y se incorporan y vuelven norma en la convivencia diaria. Esto a su vez es reforzado por los discursos de las distintas instituciones que regulan la vida familiar. Así pues, la sensación de desprotección no sólo obedece al plano psicológico sino también al cultural, ya que la muerte de la pareja o ruptura del lazo conyugal tiene un efecto concreto en su vida, como he demostrado a lo largo de esta discusión.

### La ruptura del lazo conyugal: de la vulnerabilidad al ejercicio de la agencia

Resulta muy interesante encontrar que a pesar del sentimiento de vulnerabilidad y desprotección que sienten las entrevistadas tras la muerte de, o ruptura con, la pareja, todas eventualmente tomaron el control de su vida. La agencia de todas ellas les permitió transformar el profundo sentimiento de soledad, enojo y de desventajas económicas y materiales, en estabilidad emocional y económica que redituó en la ganancia de autoestima y seguridad emocional:

Mira, la vida de familia pues no cambia mucho, cambia lo económico, hasta la forma de comer te cambia, porque ya no es lo mismo, porque ahora sí vamos a ver la realidad de la vida y vamos a ver qué pasó. Porque te tienes que levantar con la tristeza o no y a darle, a darle de comer a tus hijos, de verlos, de tenerlos que mandar a la escuela, de enfrentarse a la vida que a lo mejor no estabas acostumbrada o una vida muy distinta. O sea, haz de cuenta, de la noche a la mañana (cambia todo) y de pronto se te oscurece y hay que sacar fuerzas para seguir adelante. Pero salimos adelante, y ahora ya las tres terminaron su escuela y dos trabajan. Ya nomás me falta de acomodar a una.<sup>35</sup>

Me gusta tener el control, sí. Sí me gusta, siento que de repente soy débil, sí soy débil y muy, muy sentimental pero a la vez siento que soy muy fuerte y me gusta mucho ser fuerte. Precisamente el fin de semana tuve un problema con mi ex marido y el lunes no me quería levantar de la cama, me la pasé todo el día acostada y dije “Ay no, me va a entrar la depresión”. Y cuando me entra, me entra horrible. Fui por los niños (a la escuela), comimos y yo (les dije) “vengan a acostar(se) un ratito”. Y los puse a hacer tarea y a que se pusieran a jugar y a ver tele y me empezó la depresión más fuerte. Y el martes me levanté y dije

<sup>35</sup> IMS, Colima, cocinera, viuda, clase baja, 54 años, 3 hijos.

“¿por qué? O sea, ¡no! ¡No puedo estar así, vamos a salir adelante!” Me metí y me bañé y me salí y esta actitud o sea, a mí ayer le decía a los niños “me voy a ir al cine”. O sea que tengo tiempo y me voy a ir al cine y voy hacer lo que yo quiero, que se queden con él (con su papá), que se haga cargo él de ellos, en la noche y en la mañana voy y los recojo para llevarlos a la escuela y me voy a ir al cine. Fui al cine en la noche y llegué a mi casa súper a gusto y me siento bien, me siento fuerte y creo que puedo, que puedo sacarlos adelante porque siento que soy una mujer fuerte y que voy a cumplir mis metas.<sup>36</sup>

Pues cambiaron muchas cosas, muchas, muchas. En la vida cotidiana e íntima vino una etapa de descanso, o sea, yo viví cosas muy violentas con mi esposo, mucho más allá de una violencia física, te lo digo mucho más allá porque en algún momento hubo, pero fueron cosas más allá de una violencia física, cosas que realmente sí no puedo negarte que me lastimaban mucho. Entonces yo recuerdo bien el día que él se fue, porque además se fue caminado sin llevar nada ¿no? O sea, se salió a la calle. Yo recuerdo que mientras lo veía por una ventana, así textual, como si me aligeraran ¿no? Ya se va. Entonces en el plano meramente muy íntimo, individual, cambió que se sabía que no iba a estar peleando con nadie, que no iba a haber angustias que yo pasaba ya todos los días, todos los días estaba esperando a ver cómo entraba X por la puerta. Si venía muy tomado, si venía gritando, molestando, a veces llegaba y quería jalarme y tener relaciones sexuales. ¡No sé! Llegó un momento en el que estaba esperando cómo iba a llegar X, en qué plan venía. Entonces se acabó eso, o sea, saber que tú llegas a tu casa y prendes la televisión mientras te acercas la cena [...]. Entonces en ese sentido un lado de tranquilidad [...]. En el sentido económico, en el primer momento no me afectó mucho, porque estaba, yo tenía trabajo y me ofrecieron otra beca y entré al posdoctorado, entonces económicamente estaba muy bien. Entonces, económicamente, no me afectó en nada.<sup>37</sup>

En el caso de esta mujer viuda —dos veces viuda— y separada de una tercera pareja, su agencia surge y se fortalece poco a poco activada precisamente por el desgaste de la relación debido al alcoholismo de su pareja. El hecho de haber vivido dos relaciones satisfactorias le permitió comparar y tomar la decisión de separarse a pesar de que fue educada para mantener una relación hasta la muerte.

Me harté de tener un esposo como hijo porque por más profesionales que sean, por más autosuficientes que se sientan, muchos de ellos tienen el fenómeno de que no cortaron, yo digo que no completaron su mamitis y continúan (esa dependencia) con la esposa. Hay personas, yo he visto hombres, compañeros de mis

<sup>36</sup> 3D, Manzanillo, propietaria de estética, clase media alta, 38 años, 2 hijos.

<sup>37</sup> 3S, Colima, investigadora, separada, clase media, 34 años, 1 hijo.

amigas más equilibrados, pero veo muchos personajes que son muy dados a depender de sus mamás, de sus esposas. Y con él (tercer marido) fue distinto porque ahí yo decidí largarlo con toda la conciencia del mundo cuando lo descubrí de infiel y fue fuerte porque ya decidía por mí ¿sí? Yo no tuve nada que ver con que mis otros maridos se murieran, no dependía de mí, (de) mis decisiones. Casi en esta pareja (a la que dejé), yo lo decidí [...]. Yo simplemente decidí que ya no quiero sufrir y mi único sufrimiento fue contigo. Es que es la hora que saco mi suma de mi vida, realmente no he tenido sufrimientos, mis sufrimientos han sido por muertes. Así como se fue mi papá, se fue mi esposo, después hasta lo extrañé. El otro (marido) fue un impacto porque fue fuerte y era (el papá) de mi hijo ¡peor! Pero nunca había estado yo en un periodo de dolor de dentro como éste [...]. Ya no quiero ser tu madre (le dije). Sí, al tiempo asumí mi dolor y el de él porque como buen alcoholico, no saben salir del tramo y ahí está en el reciclaje, y ahí está todavía. Sigue de pedo, sigue de mujeriego, los mismos hábitos. Dije: “Bendito sea Dios que logré brincarla”. ¡No es fácil! Un elemento importante es que logré brincarla bien, que me lo propuse. Primero dije: “No, éste no me va a tragar”. Un ser humano (no traga), mi mamá me dice: “¿cómo es posible que un ser humano pueda tragarle la vida a otro?”<sup>38</sup>

A partir de los ejemplos citados es posible hipotetizar sobre el porqué de la sensación de soledad y vulnerabilidad femenina ante la ausencia del hombre. El temor de las mujeres que rompieron el lazo conyugal, principalmente las divorciadas y separadas, fue ser rechazadas por su familia, principalmente por sus padres y hermanos. Para otras, la definición de la ruptura como fracaso fue determinada por la valoración de los padres como tal y en algunos casos el temor al enjuiciamiento y la falta de apoyo moral las mantuvo en relaciones violentas y visiblemente desventajosas tanto para ella como para sus hijos. Por otro lado, la variable tiempo es central en la valoración de las madres solteras, las divorciadas y las separadas sobre la ruptura del lazo conyugal, ya que en un inicio la mayor parte de ellas lo consideró como un fracaso personal, lo cual coincidió con la postura, aunque sea parcialmente, de sus padres. No obstante, en el mediano y largo plazos, la postura de los padres y las entrevistadas se modificó y fue catalogada como una experiencia muy dolorosa que activó su conciencia, su capacidad de acción o su agencia, como diría Scott (1999), y les dio la estabilidad y armonía necesarias para continuar su vida.

Por último, la valoración de la ausencia de una pareja en el caso de las madres solteras permite suponer que su situación fue percibida como un fracaso personal cuando no se planeó el embarazo, la pareja fue inestable y

<sup>38</sup> 2V, Colima, abogada, viuda y separada, clase media, 50 años, 1 hijo.

los abandonó. Quienes desearon hijos y su imaginario no contempló una vida en pareja y un modelo de vida tradicional, lo percibieron como realización personal.

## Conclusiones

Las entrevistas analizadas en esta investigación arrojan luz sobre la subjetividad de las mujeres en el proceso de transición de una familia nuclear a una monoparental de jefatura femenina. Los datos muestran que más que ser una elección personal, las tensiones que llevaron a la ruptura del lazo conyugal fueron la combinación de al menos dos condiciones que se dieron de manera continua y que dañaron la relación conyugal y a la familia misma, como fueron violencia —física, psicológica, verbal y económica— alcoholismo, homosexualismo e infidelidad. Éstas desgastaron la relación y si bien hubo intentos por parte de las mujeres de estabilizar o terminar la relación antes de la ruptura definitiva, la presión familiar y el deseo de luchar por ésta para mantener la familia unida, las motivó a volver.

Al inicio de la discusión del presente artículo sostuve que los efectos externos tales como la urbanización, la descampenización de la economía y la modernidad afectaban las estructuras familiares; no obstante, no encontré evidencia que apoyara tal argumento. En este sentido, los datos empíricos mostraron que si bien muchas de las parejas experimentaron precariedad económica y material durante la vida conyugal, o tras el nacimiento de los hijos en el caso de las madres solteras, esto no fue el principal motivo de la ruptura de la relación. Al parecer, las mujeres dieron por sentado que los problemas económicos eran una condición inherente a la relación y buscaron un empleo para ayudar a mantener a la familia cuando fue necesario. Esto habla del cambio de roles en la familia y las presiones que ambos géneros enfrentan al pasar de una arena a otra al reproducirse normas, prácticas y discursos que se resisten a estos significativos cambios.

Las mujeres entrevistadas trataron de mantener la unidad familiar aun en situaciones totalmente adversas y fuera de su control, como en el caso del homosexualismo. No obstante, la educación que recibieron en torno a la durabilidad y el sentido del matrimonio y la vida conyugal no sólo provino de sus familias sino de discursos continuos y claros en torno a ella, como de la Iglesia y el Estado. Esto ayudó a que los anhelos de amor y felicidad relacionados con el matrimonio sirvieran como la coraza para enfrentar el desgaste y las frustraciones que se derivaron de sus relaciones de pareja. En este sentido, dichos anhelos fueron deseos interiorizados a lo largo de su ciclo de



vida y los cuales se desmoronan al momento de la ruptura del lazo conyugal o abandono de la pareja en el caso de las madres solteras, produciendo dolorosas sensaciones de soledad, fracaso y pérdida.

El peso del discurso oficial de la familia, la Iglesia y el Estado acerca de la familia en las entrevistadas fue tan fuerte, que de manera casi invariable el punto de partida para identificar atributos de normalidad o anormalidad en su propia estructura partió del modelo tradicional y, de manera más particular, de si se tuvo un varón al lado o no.

Las diferencias y coincidencias entre las entrevistadas en su imaginario de la familia ideal, la percepción del rechazo social y el acoso sexual y la ruptura del lazo conyugal hablan del largo camino que hace falta por recorrer en la plena inclusión de estructuras familiares no nucleares en México. El 24% de los hogares en nuestro país está encabezado por ellas, lo cual significa que una población mayor ha experimentado o se ha sentido marcada por las experiencias aquí analizadas. La estigmatización y la invisibilización social que sufren causan daño social que se traduce, como muestra esta investigación, en abierto rechazo social hacia esa condición de vida por parte de aquellos que viven en una situación de “normalidad”. Esta normalidad es reforzada por prácticas, normas y lenguaje que reconocen a familias que se ajustan al modelo tradicional, que es el más defendido pero también el que más se ha reducido en las últimas décadas.

Goode (1970); Anderson (1998); Arriagada (2008a); Harris (2008); y Therborn (2008), entre otros, han mostrado cómo el momento y el contexto histórico, además de la región del mundo de que se hable, influyen de manera significativa en el comportamiento y las estructuras familiares. Esto permite sostener que no ha habido ni habrá nunca un modelo único de organización familiar. No obstante, mientras se considere que un modelo tiene mayor valía social y se privilegie su peso por encima de otros, el estigma excluirá a quienes se aparten de la norma vigente y causará daño social. El concepto debe cambiar tanto en el aspecto de las políticas públicas, como en el plano jurídico y el discurso político mismo a menudo ignorante del avance de las políticas sociales, para incluir y reconocer plenamente a todas formas familiares no tradicionales.

Los resultados presentados por esta investigación también arrojan luz sobre la subjetividad de las mujeres entrevistadas y lo extendido de las visiones tradicionales en torno a la familia en las clases sociales más altas en las ciudades medias. En este sentido, si bien la hipótesis planteó que la percepción, que tuvieron las mujeres estudiadas sobre el estigma y acoso que experimentaron fue infundada, las entrevistas mostraron que el no tener un varón en casa se vivió, en la mayor parte de los casos, como una desventaja social.

Finalmente es importante destacar el papel de la agencia de las mujeres en la transformación de su condición de vida. Los cambios educacionales y culturales y los deseos personales de las mujeres les abrieron los espacios y las posibilidades de mejores aspiraciones individuales y de equidad de género mediante la ruptura del lazo conyugal. Equidad que, no obstante, no fue posible alcanzar dentro de la relación de pareja. Al afirmar la importancia de la agencia en el control de su vida y en el deseo de mejores oportunidades, no veo en la ruptura la única vía para alcanzar dicha condición. Al estudiar los hogares de jefatura femenina dirigidos por viudas, madres solteras, separadas y divorciadas apelo a su pleno reconocimiento social. En este sentido, el conocerlas y aceptarlas no sólo ayuda a desmitificar su supuesta incapacidad moral y económica para sacar adelante a la familia sino también el ver la manera en que el estigma impide una vida social más democrática. Después de todo, es muy posible que los procesos que experimentaron los HJF estudiados no sean exclusivos de estas estructuras, sino una condición de vida de todas las familias no nucleares en México y Latinoamérica.

Recibido: mayo, 2009

Revisado: octubre, 2009

Correspondencia: Facultad de Letras y Comunicación/Universidad de Colima/  
Av. Universidad 333/Col. Las Víboras/C.P. 28040/Colima/Colima (México)/  
Tel. 01 (312) 316-1085, ext. 37114/correo electrónico: ajcuevas@uclm.mx

## Bibliografía

- Acosta, Gladys (2008), "Cambios legislativos en la formación y disolución de familias: una mirada de contexto", en Irma Arriagada (coord.), *Familias y políticas públicas en América Latina. Una historia de desencuentros*, Santiago, Naciones Unidas-UNFPA-CEPAL, pp. 201-210.
- Anderson, Michael (1998), *Aproximaciones a la historia de la familia occidental 1500-1914*, México, Siglo XXI.
- Aranda, Verónica e Irma Arriagada (comps.) (2004), *Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces*, Series Seminarios y Conferencias 42, Santiago, Naciones Unidas-UNFPA-CEPAL-UNIFEM-SIDA.
- Ariza, Mariana y Orlandina de Oliveira (2008), "Familia y políticas públicas en México y en Centroamérica", en Irma Arriagada (coord.), *Familias y políticas públicas en América Latina. Una historia de desencuentros*, Santiago, Naciones Unidas-UNFPA-CEPAL, pp. 259-269.

- Arnaud-Duc, Nicole (2000), "Las contradicciones del derecho", en Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres. El Siglo XIX*, México, Taurus, pp. 109-148.
- Arriagada, Irma (coord.) (2008a), *Familias y políticas públicas en América Latina. Una historia de desencuentros*, Santiago, Naciones Unidas-UNFPA-CEPAL.
- (ed.) (2008b), *Futuro de las familias y desafíos para las políticas*, Series Seminarios y Conferencias 52, Santiago, Naciones Unidas-UNFPA-CEPAL-UNIFEM-SIDA.
- (ed.) (2007), *Gestión y financiamiento de las políticas que afectan a las familias*, Serie Seminarios y Conferencias 49, Santiago, Naciones Unidas-UNFPA-CEPAL.
- (ed.) (2005), *Políticas hacia las familias, protección e inclusión sociales*, Serie Seminarios y Conferencias 46, Santiago, Naciones Unidas-UNFPA-CEPAL.
- (2001), *Familias latinoamericanas. Diagnósticos y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo*, Serie Políticas Sociales 57, Santiago, Naciones Unidas-CEPAL.
- Bock, Gisela (2000), "Políticas sexuales nacionalsocialistas e historia de las mujeres", en Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres. El Siglo XX*, México, Taurus, pp. 193-226.
- Casagrande, Carla (2000), "La mujer custodiada", en Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres. La Edad Media*, México, Taurus, pp. 105-146.
- Castoriadis, Cornelius (1975), *L'institution imaginaire de la société*, París, Seuil.
- Chant, Sylvia y Cathy McIlwane (1995), *Women of Lesser Cost: Female Labour, Foreign Exchange and Philippine Development*, Londres, Pluto.
- Davis, Shannon y Theodore Greenstein (2004), "Interactive Effects of Gender Ideology and Age at First Marriage on Women's Marital Disruption", *Journal of Family Studies*, vol. 25, núm. 5, pp. 658-682.
- Emery, Beth C. y Sally Lloyd (2001), "The Evolution of Family Studies Research", *Family and Consumer Sciences Research Journal*, vol. 30, núm. 2, pp. 197-222.
- García, Brígida y Olga Rojas (2002), "Los hogares latinoamericanos durante la segunda mitad del siglo XX: una perspectiva sociodemográfica", *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 50, pp. 261-288.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (2005), "Mujeres jefas de hogar y su dinámica familiar", *Papeles de Población*, núm. 43, enero-marzo, pp. 29-51.
- (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- Gaytán, Patricia (2007), "El acoso sexual en lugares públicos: un estudio desde la grounded theory", *El Cotidiano*, vol. 22, núm. 143, pp. 5-17.
- Giddens, Anthony (1992), *La transformación de la identidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Lisboa, Teorema.
- Goffman, Erving (2006), *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu.
- González de la Rocha, Mercedes (1999), "Hogares de jefatura femenina en México:

- patrones y formas de vida”, en Mercedes González de la Rocha (coord.), *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*, México, Plaza y Valdés y CIESAS, pp. 125-154.
- González, Soledad y Julia Tuñón (comps.) (1997), *Familias y mujeres en México*, México, El Colegio de México.
- Goode, W. J. (1970), *World Revolution and Family Patterns*, Nueva York, Free Press.
- Harris, Scott (2008), “What is Family Diversity?”, *Journal of Family Issues*, vol. 29, núm. 11, pp. 1407-1425.
- Hilton, Jeanne y Karen Kopera-Frye (2006), “Loss and Depression in Cohabiting and Noncohabiting Custodial Single Parents”, *The Family Journal*, vol. 14, núm. 1, pp. 28-40.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática) (2005), “Hogares y su distribución porcentual según sexo del jefe por cada entidad federativa, 2000 y 2005”, México, INEGI, en URL <http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/espanol/soc/sis/sisept/default.aspx?t=mhog05&c=9495&e=>, última consulta junio de 2010.
- Jelin, Elizabeth (2008), “Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales”, en Irma Arriagada (coord.), *Familias y políticas públicas en América Latina. Una historia de desencuentros*, Santiago, Naciones Unidas-UNFPA-CEPAL, pp. 93-125.
- Jeong, Yu-Jin y Hyun-Kyung You (2008), “Different Historical Trajectories and Family Diversity among Chinese, Japanese and Koreans in the United States”, *Journal of Family History*, vol. 33, núm. 3, pp. 346-356.
- Martínez, Griselda (2002), “Violencia masculina, de las fantasías sexuales de los géneros al acoso sexual”, *El Cotidiano*, vol. 18, núm. 113, pp. 15-27.
- (1997), “Mujeres ejecutivas. En la búsqueda del equilibrio entre trabajo y familia”, en Soledad González y Julia Tuñón (comps.), *Familias y mujeres en México*, México, El Colegio de México, pp. 195-238.
- Rodman, Nancy y Gladys Hildreth (2002), “Family Diversity in 50 Years of Storybook Images of Family Life”, *Family and Consumer Sciences Research Journal*, vol. 31, núm. 1, pp. 3-18.
- Rodríguez, Cecilia (1997), “Entre el mito y la experiencia vivida: las jefas de familia”, en Soledad González y Julia Tuñón (comps.), *Familias y mujeres en México*, México, El Colegio de México, pp. 195-238.
- Scott, Joan (1999), “El género, una categoría útil para el análisis histórico”, en Marysa Navarro y Catherine Stimpson (comps.), *Sexualidad, género y roles sexuales*, Buenos Aires, FCE, pp. 37-75.
- Sunkel, Guillermo (2008a), “Regímenes de bienestar y políticas de familia en América Latina”, en Irma Arriagada (coord.), *Familias y políticas públicas en América Latina. Una historia de desencuentros*, Santiago, Naciones Unidas-UNFPA-CEPAL, pp. 171-186.
- (2008b), *El papel de la familia en la protección social en América Latina*, Serie Políticas Sociales 120, Santiago, Naciones Unidas-CEPAL.
- Takyi, Baffour y Stephen Obeng Gyimah (2007), “Matrilineal Family Ties and Ma-

rital Dissolution in Ghana”, *Journal of Family Issues*, vol. 28, núm. 5, pp. 682-705.

Therborn, Goran (2008), “Familias en el mundo. Historia y futuro en el umbral del siglo XXI”, en Irma Arriagada (coord.), *Familias y políticas públicas en América Latina. Una historia de desencuentros*, Santiago, Naciones Unidas-UNFPA-CEPAL, pp. 31-62.

Vázquez, Griselda (1997), “Mujeres que ‘respetan su casa’: estatus marital de las mujeres y economía doméstica en una comunidad nahua del sur de Veracruz”, en Soledad González y Julia Tuñón (comps.), *Familias y mujeres en México*, México, El Colegio de México, pp. 163-193.

